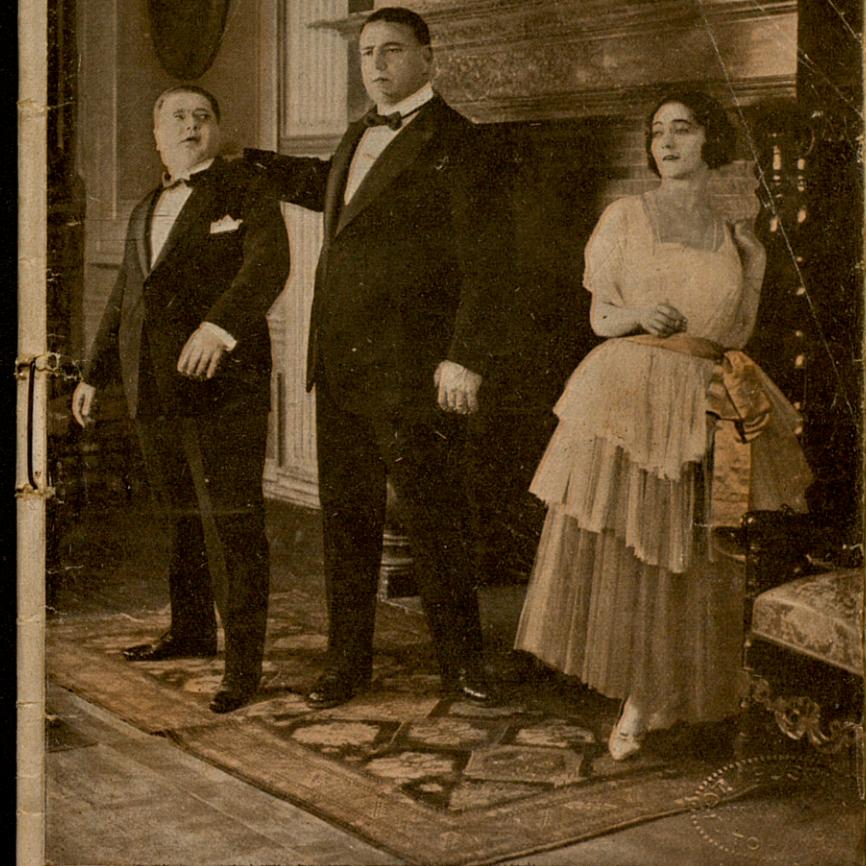


Maciste y su Sobrino

por BARTOLOMÉ PAGANO (MACISTE)



BIBLIOTECA TRÉBOL

N.º 26

Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.

RODOLFO, Eleuterio

BIBLIOTECA TRÉBOL

Maciste y su sobrino

(MACISTE E IL NEPOTE D'AMERICA, 1924)

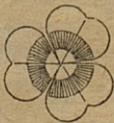
Versión literaria de la película del mismo título,
interpretada por el célebre coloso de la pantalla
BARTOLOMÉ PAGANO (MACISTE)

por

Manuel Nieto Galán

ANIBS PAULINE POLAIRE i DIOMIRA JACOBINI

Exclusiva : GAUMONT
Paseo de Gracia, 66 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

MACISTE Y SU SOBRINO

I

En las novelas y en la vida, se coloca por lo común en América al tío millonario. En la casa de importación y exportación « Mateo Fiorini » se invierten los papeles, pues mientras el tío rico dirige la casa central de Europa, el sobrino, que espera la herencia, está al frente de la sucursal de Nueva York.

Uno de los empleados más antiguos, y por tanto de mayor confianza, era Harry Blound, el secretario de la sucursal de América, por cuyas manos pasaba toda la correspondencia particular de su jefe.

En el momento que trabajamos conocimiento con él se encontraba leyendo el correo de Europa, entre cuyas innumerables cartas había una del director general que decía :

« Querido Víctor : Veo por tu carta anterior que no me has entendido. No es una visita lo que te pido, sino una fotografía que me permita conocerte. No en balde eres mi único

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO G-104 : BARCELONA ::

sobrino y me hubiera gustado verte crecer con mis propios ojos.

En sus últimos tiempos, mi pobre hermano pensaba traerte a Génova para que yo te conociese; pero la muerte se lo impidió. A ver si tú realizas el deseo de tu padre y me proporcionas la alegría de poder presentarte a mi hija que, como varias veces te he dicho, es la esposa que te destino, pues quiero que tu mujer sea de mi agrado.

Un fuerte abrazo de tu tío. — MATEO.»

Al otro lado del Atlántico, en Génova, donde radicaba la central de la casa, esperaba impaciente el retrato de su sobrino, Mateo Fiorini, el tío millonario, cuyos talegos de oro no tenían poder bastante para restarle fuerza a sus puños, alegría a su carácter, sencillez a su espíritu... ni su miedo al mar, como puede verse por la carta que en aquel instante dictaba a su secretaria :

«... y le agradezco mucho, mi querido cliente, su cariñosa invitación ; pero América no me verá el pelo nunca, ¡nunca!... Tanto el mar como el mareo me inspiran un miedo espantoso.

¡Piense usted que me mareo en mi bañera!...

Nada, amigo mío, no iré a América más que cuándo un puente gigantesco se extienda sobre el Atlántico.»

Y por su imaginación cruzó la idea de que tal vez llegase un tiempo en que la moderna ingeniería llevara a cabo esta magna obra

y él pudiera conocer al sobrino, al que, a pesar de no haberlo visto nunca, le profesaba tanto cariño.

Como todos los hombres que poseen una gran fortuna, Mateo Fiorini tenía también sus manías y una de éstas era la de estar constantemente transformando su despacho.

— ¿Queda bien el despacho, señor? — le preguntó el que en aquella ocasión era el encargado de las obras.

— ¡Son ustedes un atajo de imbéciles! ¡Todo lo hacen al revés! — contestó al ver que varios hombres hacían grandes esfuerzos para colocar la caja de caudales en un ángulo de la habitación, que no era el que él había dispuesto.

— ¡Y ustedes se llaman trabajadores!... ¡Ustedes son profesores de tango! — y diciendo esto se quitó la americana, y solo, sin necesidad de que nadie le ayudase, colocó la caja en el otro extremo de la sala, ante el asombro de los trabajadores, que con la boca abierta admiraban la fuerza hercúlea de aquel hombre.

— Así se hace, amigos ; aprendan ustedes a trabajar — les dijo después de haber arreglado el despacho a su gusto.

En aquel momento trajeron el correo de América, y entre la correspondencia venía un sobre particular para el señor Fiorini, conteniendo el retrato de un bebé de un año y una carta que decía :

«Querido tío : Me dice usted en su última

carta que le hubiera gustado verme crecer, y para corresponder a sus deseos, le envío mi retrato de cuando tenía un año. Dentro de tres meses le mandaré otro a la edad de dos años, y así sucesivamente... De ese modo me verá usted llegar a mi edad actual paulatinamente ; es decir, me verá crecer.

Un abrazo de su sobrino. — VÍCTOR. »

Esta carta produjo en el señor Fiorini tal excitación nerviosa, que sin perder un momento contestó a su sobrino con otra, de su puño y letra, en términos nada tranquilizadores, para quien lo conociera personalmente.

« Señor sobrino : Se burla usted de su tío, y hace mal, porque le advierto que tengo unos puños formidables. Si no cesa usted de divertirse a mi costa, un día tomó el vapor y me presento en Nueva York para enseñarle cómo se debe tratar a un tío como yo. »

La esposa que Mateo Fiorini destinaba a su sobrino era su hija Laurita, una joven espiritual, que se perecía por la música, y particularmente por la música de Ricardo Wagner.

No vaya a creerse por esto que Laurita era una de esas jóvenes románticas que usan gafas, cuello alto... e incluso bigote. Nada de eso. Laurita era una morena de esas de catálogo. Tenía unos ojos negros que hipnotizaban al mirarlos, una boca pequeña e incitante, que servía de aterciopelado estuche a unas cuantas perlas que brillaban en su interior, y un cuerpo esbelto y airoso que



Pero una noche los sorprendió el señor Fiorini...

guardaba la más perfecta estética. En fin, una de esas mujeres por quien el hombre más refractario al matrimonio se siente capaz de hacer semejante locura.

Como es natural, Laurita tenía su novio. Un novio que, en verdad, no se lo merecía ; era el profesor Serafín Pantaleoni, otro enamorado de Wagner, al menos en apariencia ; pues en realidad adoraba al santo por la peana, que en este caso era Laurita.

Y mientras su padre preparaba su boda con su primo, ella, de acuerdo con su tía Olga,

procuraba desbaratar sus planes, escribiéndole a su futuro prometido :

« Querido primo Victor : Nunca me has visto y, por lo tanto, no puedes amarme ; a mí me pasa lo mismo respecto de ti... con la agravante de que estoy enamorada de otro hombre, de un profesor wagneriano que me trae a mal traer.

Unámonos, pues, para hacer frente a papá, que se empeña en casarnos sin consultar a nuestros corazones. »

* * *

A la casa de los Fiorini acudía, después de cenar, el maestro Pantaleoni con el pretexto de distraer, con un rato de música, a la familia. Los dos enamorados se sentaban al piano y, a cuatro manos, empezaban a tocar algunas de las famosas composiciones del célebre Wagner.

La razón por que Laura y Serafín amaban esta música, tenía un motivo muy comprensible. Antes de llegar a la mitad de la primera sinfonía, la tía Olga se marchaba a dormir, y el padre, si no lo hacía, se quedaba dormido en su ancho sillón.

Mientras tanto, los dos jóvenes se aprovechaban de su soledad y se arrullaban como dos tórtolos. Pero una noche los sorprendió el señor Fiorini en el crítico momento que se estaban dando un beso, y Laura, que compren-

dió en seguida el peligro que corría su novio, se abrazó a su padre diciéndole :

— ¡Papá, Serafín y yo nos amamos!... ¡Déjanos casarnos!

¡Casarte con un organillero!... ¡Jamás, jamás! ¡Los millones de los Fiorini no saldrán de la familia!... ¡Ahora mismo cablegrafío a tu primo para que se case contigo! — y cogiendo al pobre músico de una brazada, lo plantificó con sofá y todo en medio de la vía del tranvía.

Al verse en la calle y expuesto a ser atropellado por un tranvía, el desafortunado galán no tuvo más que un consuelo, llevarse a su casa el sofá como recuerdo de todas las sinfonías que no había podido interpretar y de todos los besos que no había podido darle a su novia.

Olvidó el padre de Laurita su arrechucito, y algún tiempo después, el correo de América le trajo un nuevo retrato de su sobrino, que más que el de un hombre de negocios, parecía el de uno de los célebres bandidos de Sierra Morena.

Aquello traspasaba ya los límites de la tolerancia, y el tío volvió a escribirle una carta mucho más enérgica que la anterior :

« Sobrino del diablo : ¡Basta ya de bromitas! Quiero y ordeno que me envíes un retrato «serio» ; un retrato formal para que yo pueda conocerte antes de darte la mano de mi hija. »

Cuando se dirigía hacia correos para depositar él mismo la carta, pasó por la casa consignataria de una importante compañía de vapores. Al ver en el escaparate las fotografías de los buques, pensó que el viaje en ellos no debía ser tan molesto como él se lo imaginaba, y más por curiosidad que por otra cosa, entró para informarse minuciosamente.

El empleado fué mostrándole las fotografías de los lujosos departamentos de cada uno de los barcos, hasta que finalmente el señor Fiorini le dijo :

— Mucho miedo me da el mar, pero en estos buques se debe viajar tan cómodamente...

— Señor, estos modernos trasatlánticos son ciudades flotantes, con todas las comodidades y todo el confort de las grandes poblaciones...

— Sí... pero no impide para que se pueda naufragar.

— ¿Naufragar?... ¡Imposible, señor! ¡Se está en ellos más seguro que en tierra firme!

— Nada, me decidí a cruzar el gran charco.. ¿Quiere usted facilitarme lo necesario para un cablegrama?

Y en vez de la carta envió a su sobrino el siguiente despacho :

« Salgo de ésta con tu futura esposa. Ten preparada casa, cura, nodriza, cuna y biberón. »

Aquella súbita decisión tuvo su primera consecuencia, y fué la de que Laurita, ha-



Y cogiendo al pobre músico de una brazada...

ciendo venir a su novio, le pusiese en antecedentes, diciéndole después :

— Toma, echa esa carta al correo... Es para mi primo ; le pido que renuncie a mi mano... Tengo una porción de cosas que decirte, pero ahora no puedo ; papá puede volver de un momento a otro...

Los preparativos del viaje empezaron con toda precipitación. Pero he aquí de la astucia femenina.

Laurita, en combinación con su tía y el doctor, se sintió repentinamente enferma

hasta el extremo que el médico le dijo a su padre :

— Su hija está bastante delicada, señor. Desde luego, hay que desistir que emprenda un viaje tan largo.

— Hijita, yo creo que lo que te conviene es casarte... y casarte con urgencia — repuso el señor Fiorini.

— En un salto me planto en Nueva York, cojo a tu primo por las orejas y te lo traigo.

Mientras tanto, el buen Serafín se disponía a saborear su victoria, durante la ausencia de su futuro suegro. Pero no contaba con la huéspeda, y la huéspeda en este caso era el señor Fiorini, que se presentó en su casa y agarrándolo por un brazo le dijo :

— Me voy a Nueva York... pero no quiero dejar a mi hija expuesta a la corte idiota de un bípedo de su clase... De manera que véngete conmigo, señor mío.

Y sin darle tiempo para nada, se lo llevó escaleras abajo. Cuando llegaron a la puerta le dijo a los porteros :

— Si una señorita viniese a preguntar por el profesor, dígale que se ha empeñado en acompañar a Nueva York a su amigo Fiorini.

Momentos después el *Dulio*, el buque donde viajaban nuestros protagonistas, se balanceaba con esa languidez de los grandes vapores, separándose del puerto y poniendo proa hacia alta mar.

II

Al enterarse Laurita, por el portero, de que su novio se había marchado con su padre a Nueva York, cablegrafió a su primo diciéndole :

« Papá va a Nueva York con mi prometido. Yo salgo a bordo del *Julio César*. Hay que salvar situación. »

Y aquel mismo día, tía y sobrina salieron de Génova para dirigirse a la ciudad de los rascacielos, decididas a afrontar el furor del gigante en nombre del derecho al amor y a la felicidad. El efecto que produjo en la sucursal de América el cablegrama del señor Fiorini, anunciando su llegada, sólo puede comprenderse al leer el que Harry Blound envió inmediatamente a su jefe y que decía :

« Víctor Fiorini. — Hotel Vestubio. — Nápoles.

Su tío viene hacia Nueva York con varias personas de ambos sexos.

Póngase en camino inmediatamente, si lo cree oportuno.

BLOUND. »

En efecto, el sobrino de América no estaba en América, sino en Nápoles, y en compañía de su cara mitad, la linda Clara.

Hacía dos años que, desoyendo los mandatos de su tío, se había casado, y a la sazón el matrimonio viajaba por Italia «clandestinamente».

Y mientras el barco en que viajaba el señor Fiorini hacía una breve escala en Nápoles, Víctor, bien ajeno a la proximidad de su tío, se embarcaba con su esposa en el mismo buque, desde donde comunicó su salida a su secretario, para dirigirse a Nueva York, en vista del cablegrama que había recibido.

El destino, siempre burlón, se complacía en poner frente a frente, sobre unas cuantas tablas en la inmensidad del mar, a un tío y a un sobrino que se buscaban y no se conocían.

El *Duilio* era uno de esos grandes buques destinados a hacer la travesía de Europa a América, cuyo lujo y confort envidiaría el hotel más sumptuoso de cualquier población.

Era verdaderamente una ciudad flotante, en la que no se carecía de nada de lo necesario ni de lo superfluo.

La sala-comedor, a la hora de la comida, ofrecía un aspecto deslumbrador, como si en ella fuera a tener lugar una importante recepción.

Los hombres vestidos de rigurosa etiqueta y las damas con sus más bellas *toilettes*, daban



Laurita, en combinación con su tía y el doctor, se sintió enferma

una nota más de esplendor al ambiente aristocrático que allí se respiraba.

Pero a pesar de todas las comodidades, para el maestro Pantaleoni no podía ser más molesta su estancia en el barco.

No tenía más ropa que la puesta, y el pobre hombre tenía que esperar todos los días, metido en la cama, a que le lavasen y plancharasen su única camisa.

Al día siguiente de zarpar el *Duilio* de Nápoles, bajó el matrimonio Fiorini al comedor

y se sentaron en una mesa contigua a la que ocupaba su tío, que al verlos dijo a su compañero de viaje :

— Mire usted qué mujer tan estupenda, Serafín.

— ¿Quién será el animal que está con ella?
— ¿Quién quiere usted que sea?... ¡El marido! Fíjese usted en las miradas que nos echa.

— ¿Ese microbio el marido de ese ángel?... ¡Le prohíbo creer semejante ignominia!... Y si no quiere usted que le aplaste como a una cucaracha, busque la manera de presentarme esta misma noche a esa señorita... Señorita, ¿lo oye usted bien?

Había terminado la cena y mientras Víctor se dirigía al telégrafo para ver si había tenido noticias de América, Clara se sentó en uno de los pianos y empezó a teclear una sinfonía de Wagner.

— Abórdela ahora mismo qué está sola — le ordenó el señor Fiorini.

El pobre músico se acercó a ella sin dejar de mirar el sitio por donde se había marchado el marido, y le dijo :

— Veo que no recuerda usted bien este pasaje... Yo soy profesor de música... si usted me permite...

Pero no tuvo tiempo de demostrar sus habilidades, porque la presencia de su futuro suegro le hizo recordar su promesa.

— Dispense, señora, se me había olvidado...

Tengo el gusto de presentarle a mi mejor amigo...

— Puesto que usted no me conoce, señora, permítame que me presente yo mismo : Mateo Fiorini, para servirla... — dijo, adelantándose hacia ella.

El asombro de la joven no tuvo límite, pero sobreponiéndose en seguida, contestó :

— Encantada, señor... Conozco mucho a Víctor, su sobrino.

— Mi marido... también le conoce mucho...

Y dirigiéndose a Víctor que en aquel momento llegaba con un cablegrama de su secretario, en el que le comunicaba que viajaba su tío en el mismo trasatlántico que él, le dijo :

— ¿Sabes quién es este señor?... ¡El tío de nuestro amigo Víctor... el millonario Mateo Fiorini!

Haciendo un esfuerzo extraordinario para disimular su turbación, saludó, como mejor pudo, a su tío y se marchó con su esposa hacia su camarote.



III

A la mañana siguiente, Víctor, desesperado, preguntaba a su esposa :

— ¿Y qué va a pasar aquí cuando mi tío se entere de que estoy casado? ¡El que me reservaba a su hija!...

— No te apures; he encontrado el medio de salvar esta violenta situación... Ya te habrás dado cuenta de que tu tío siente por mí una gran simpatía... ¡Vamos a explotarla en nuestro provecho!

Mientras tanto, Serafín Pantaleoni daba al señor Fiorini algunas lecciones para agradar a las mujeres.

— Suponga usted que la dama está sentada en esa silla. Llega usted... hace una ligera inclinación de cabeza... la saluda... cruza las piernas... saca el pañuelo y se lo pasa por la frente... ¿Entendidos?... ¡Vamos aver!

El señor Fiorini era un gran comerciante. Sabía manejar cheques y pagarés con una facilidad pasmosa, pero en cuanto a etiquetas sociales no dejaba de ser un verdadero neófito



Momentos después el «Duilio» se ponía en marcha

y ante sus contorsiones grotescas no pudo menos que exclarar Pantaleoni :

— ¡No, así no! ¡Parece usted un cavador!... ¡Más gracia... más linea!...

¡Imposible! El pobre hombre sudaba tinta y no podía imitar *ni uno solo de los ademanes de su maestro*.

No tardó Clara en empezar la comedia de coquetería que con tan extraordinaria perfección interpretan todas las mujeres, y mientras hablaba con su tío en la cubierta del buque, dejó al descubierto una de sus primorosas y bien torneadas pantorrillas.

— ¿Qué tiene usted?... ¿Se marea? — le preguntó Clara al ver que inclinaba la cabeza sobre el respaldo de un banco.

— La cabeza me da vueltas... pero puedo asegurarle que no es mareo de mar, sino de tierra... — contestó el señor Fiorini, y luego añadió :

— Señora, yo no puedo resignarme a creer que el mosquito que viaja con usted sea su marido... Una mujer de su belleza necesita a su lado un hombre fuerte, un hombre... como yo, por ejemplo.

Cuando ya la conversación se encaminaba hacia el punto que él deseaba, se presentó el profesor de música y Clarita se despidió de ellos, dirigiéndole una tierna sonrisa a su tío, que al verla desaparecer exclamó furioso :

— ¿Por qué ha venido usted a interrumpirme?... ¡Me están dando unas ganas locas de arrojarle al mar!

— Arréglese usted como quiera para que esta noche cene conmigo esa señora... Si es absolutamente indispensable, invite también al marido.

Y quieras que no, tuvo que servir de corredile de su futuro suegro e invitar al matrimonio.

— En nombre de mi amigo Fiorini, tengo el placer de invitar a ustedes a cenar esta noche...

— ¿Usted, por lo visto, es el secretario



Y aquel mismo día, tía y sobrina salieron de Génova

galante del señor Fiorini? — le preguntó el marido.

— ¡Yo soy una víctima, caballero, un héroe oscuro, un mártir del amor!

— Estoy a bordo de este buque y con ese energúmeno a mi lado, porque... — y le contó toda la historia de sus desgraciados amores.

— ¿Entonces usted es el prometido de Laura?

— ¡Encantado!... Yo soy Víctor Fiorini; viajó bajo el seudónimo de Jorge Marconi, para escapar a la cólera de mi tío. Como usted ve, soy casado...

— ¡Alabado sea Dios! ¡Usted me devuelve la vida, caballero!...

Y a propósito, aquí traigo una carta de Laura para usted, que no pude echar al correo — y le entregó la que, el mismo día de su partida, le había dado su novia.

— Ayúdeme usted a casarme con su prima; yo en cambio me comprometo a apaciguar el furor de su tío.

— Déjese usted hacer la corte por ese paquidermo, señora...

— Nosotros intervendremos siempre a tiempo — suplicó a Clara, y se dirigió para darle cuenta, al que él llamaba paquidermo, de la amable acogida que había tenido su invitación.

Como un enamorado que por primera vez acude a una cita amorosa, así nuestro hombre empezó sus preparativos para la de aquella noche, afeitándose, e incluso, ¡oh, amor que inspiras las mayores heroicidades!, arreglándose las uñas para poder estar al lado de su adorada Clara, aprovechando el momento de que estaba en el salón de manicura.

Llegó el momento feliz de la cena, durante la cual el señor Fiorini no apartó la vista de Clara y recibió más de un pisotón en prueba de cariño.

Al terminar aquélla, mientras Víctor y Serafín fingían una animada conversación, el millonario propuso a Clara dar un paseo por el barco.

Sobre el puente, en las sombras propicias de la noche, creyó el señor Fiorini el lugar más adecuado para confesarle a su amada todo el amor que por ella sentía, y recibir por lo menos un beso como recompensa a su encendida pasión.

Pero Serafín había prometido intervenir siempre a tiempo y cumplía su palabra. Y enfocando con uno de los grandes reflectores del buque el sitio donde estaba la enamorada pareja, impidió que continuara el idilio.



IV

Mientras que el *Julio César* navegaba en pleno océano, el *Duilio* se acercaba a Nueva York.

— Mañana, al amanecer, estaremos en Nueva York... Si usted supiese cuánto me gustaría poseer un recuerdo suyo... — le dijo el señor Fiorini a Clara en un momento en que quedaron solos.

— Cuando estemos en Nueva York le daré... un beso — repuso la joven, sonriéndole fascinadora.

El buen Serafín había agotado ya toda su paciencia aguantando las mil impertinencias de su futuro suegro, y aquella noche, creyendo llegada la hora de su venganza, enjabonó, momentos antes de la hora del baile, los zapatos de su verdugo.

Y cuando éste decidió lanzarse en el torbellino de un vals, por poco deja sin mujer a su sobrino.

Furioso por el ridículo que había corrido, se dirigió a su compañero y le dijo :



Le prohibo creer semejante ignominia

— ¿Por qué no me advirtió usted que era peligroso bailar?... ¿Así es como corresponde usted a mi atención de pagarle el viaje?

Mientras tanto, en un ángulo del salón, reían satisfechos los dos sobrinos, por el buen resultado que les estaba dando la farsa.

* * *

A la mañana siguiente Nueva York desplegó para los viajeros de Europa el abanico maravilloso de sus rascacielos.

Clara y el señor Fiorini admiraban la hermosa perspectiva que ofrecía la gran ciudad, cuya entrada guardaba, en perpetua vigilancia, la imponente estatua de la Libertad.

— Ya hemos llegado... ahora quizá no nos volveremos a ver... ¿Y su promesa, señora? — preguntó aquél.

— Yo mantengo siempre mis promesas... Espere mis noticias en su hotel... — contestó la joven.

Los viajeros corrían de un lado para otro recogiendo sus equipajes y la conversación se hacía imposible continuarla.

El trasatlántico había amarrado a uno de los grandes muelles del puerto de Nueva York y el criterio era enorme. Los parientes y amigos de los que llegaban saludaban en alta voz a éstos, mientras los marineros colocaban las escalas para que descendiesen.

Por más que miró por todos lados, el señor Fiorini no vió por ninguna parte a su sobrino, y por fin, cansado de esperar, exclamó :

— ¡Qué extraño que no haya venido mi sobrino a recibirme!

Indignado por la falta de atención de su sobrino, Mateo Fiorini resolvió no pisar su despacho hasta que Víctor fuese al hotel a presentarle sus excusas.

Algunas horas después, el timbre del teléfono sonaba insistentemente llamando al millonario.

Descolgó éste el auricular y preguntó :



«Te habrás dado cuenta que tu tío siente por mí una gran simpatía...»



¡Oh, amor, que inspiras las mayores heroicidades!

— ¿Diga?

— ¿El señor Fiorini?

— Sí, ¿Diga?

— Aquí la casa Mateo Fiorini. Soy Harry Blound, el secretario particular.

— ¿Y cómo no ha venido mi sobrino a verme?

— Señor, su sobrino no está en la ciudad... Hemos sabido la llegada de usted por una señora que nos ha telefoneado diciendo que le espera a usted esta tarde en su casa : Avenida 44, número 35.

Y aquella tarde, con el corazón hinchido de gozo, se presentó, con el consabido ramo de flores, en el número 35 de la Avenida 44, donde le espera la supuesta señora Marconi, para cumplir su promesa.

— Aquí tiene usted el beso prometido... Dos porque ha sabido esperar — y le dió dos sonoros besos que hicieron estremecer de felicidad al afortunado enamorado.

Pero estaba visto que su futuro yerno había decidido no dejarlo tranquilo ni un momento, puesto que entrando de pronto, y desde una distancia prudential, le dijo :

— Ya sé por experiencia que es peligroso interrumpir sus entrevistas, señor Fiorini... pero... pero su sobrino Víctor está aquí...

En efecto, en aquel instante se abrió la puerta y apareció su sobrino, que le dijo sonriéndose :

— Querido tío, usted me dijo siempre en sus cartas que deseaba darme una esposa a su gusto... Me parece que mi Clara no le disusta del todo, según he podido averiguar...

El primer impulso del señor Fiorini fué destrozar a alguien y miró hacia donde estaba el profesor, que trató de alejarse lo más que pudo, pero luego dominándose, exclamó :

— ¡Bien os habéis burlado! Pero no presumas mucho, sobrino ; tu mujer es demasiado bonita para quererte...

Pero su sobrino, presentándole dos rollizos pequeñuelos, le contestó :



Esta es una pequeña demostración del cariño que reina entre nosotros.

— Esta es una pequeña demostración, querido tío, del cariño que reina entre nosotros...

— ¡Dios es muy poco!... Hay que encargar, por lo menos, media docena.

Aun le esperaba al buen Mateo Fiorini una sorpresa mayor. Las dos intrépidas viajeras del *Julio César* entraron en aquel momento, y Laurita, arrojándose a los brazos de su padre, le dijo mimosa :

— Estaba tan enferma, papaíto, que el

médico me mandó embarcarme en seguida
y casarme con Serafín en cuanto llegase.

Y dispuesto ya a que cada cual consiguiera
su anhelada felicidad, consintió, por fin, di-
ciendo :

— La verdad es que tu novio parece una
medicina... ¡Casaos, hijos míos, casaos, y que
seáis muy felices!...



BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TOMOS PUBLICADOS

LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.
LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli
AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.
CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.
UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.
SOMBRAZAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
LA LEY SE IMPONE, por Arthur Hall y Mimi Palmieri.
DESOLACIÓN por George O'Brien.
SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
EL CABALLO DE HIERRO, por Geooge O'Brien.
ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
NINICHE, por Ossi Oswalda.
LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
CARNE DE MAR, por George O'Brien.
ANA MARÍA, por Henny Porten.

PRECIO DE CADA TOMO : **60** CÉNTIMOS